

# LA FAMILIA

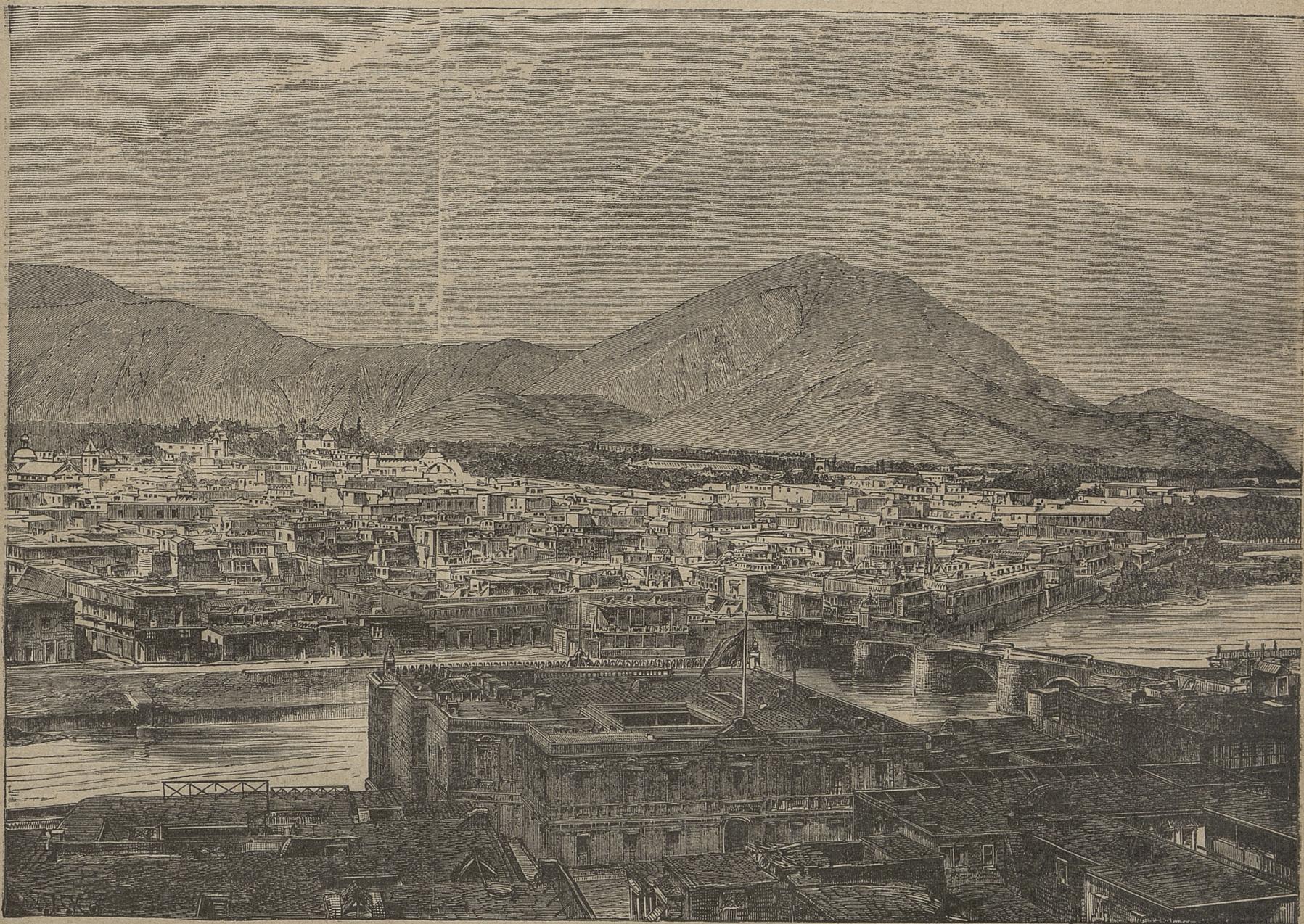
PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE FEBRERO DE 1891

NÚM. 13



VISTA DE LIMA

SUMARIO.—NUESTROS GRABADOS.—CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — DESPOSADOS, por *Lodoiska Maapaká.* — LA EDUCACIÓN DEL NENE, por *Emmetine Raymond.* — ENSEÑANZA MUSICAL, por *A. Charpentier.* — LA MARIPOSA DE ORO, por *Leonardo Eliz.* — HISTORIA NATURAL: LOS PAJARITOS GUARDIANES, por *Fulbert Dumonteil.* — ECONOMÍA DOMÉSTICA.—VARIEDADES.—BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia. Consultas.—FOLLETÍN.—AVISOS.

## NUESTROS GRABADOS

### VISTA DE LIMA

Damos en nuestra portada una vista de Lima, la Ciudad de los Virreyes, capital de la República del Perú.

### COPIAPÓ

Copiapó, cabecera de la provincia de Atacama, es hoy una hermosa y pintoresca ciudad de unos quince mil habitantes. Descansa sobre el río del mismo nombre y comunica por medio del ferrocarril con el puerto de Caldera, y varios minerales del interior. La gran-

deza de esta ciudad data del famoso descubrimiento del mineral de Chañarcillo. Aun cuando la industria minera ha decaído un tanto en esa región, Copiapó sigue siendo un pueblo activo, ilustrado y progresista.

## CARTA PARISIENSE

Consideraciones filosóficas.—*La conquista del Paraíso.*—Todavía la Natividad.—Fracasos teatrales.—Un proceso curioso. ¿Puede un crítico cambiar de opinión?—Revista de modas.—Algunos trajes dedicados á las lectoras de LA FAMILIA.

París, 8 de enero de 1891.

SEÑORA DIRECTORA DE LA FAMILIA

Querida amiga:

Los años suceden á los años, siempre iguales para los indiferentes, pero, para tantos corazones amorosos, los seres que los iluminaban con su esplendor han desaparecido. Tú lo sabes mejor que nadie, amiga querida; también muchas de mis lectoras deben de encontrar bien

tristes estos fines de año y esas miradas retrospectivas. ¡Cuántos lugares vacíos!

El año pasado, el niño estaba aquí... lleno de vida alegrando la casa con sus gritos... hoy la cuna está muda... y llora la madre...

El sillón de la abuela, al rededor del cual todos se agrupaban en las horas de charla, ¿dónde está? Se busca en vano el rostro ameno que sonreía con tanto gozo al mirar á los nietos grandes y chicos.

Y la niña, mimada y joven, rozagante y risueña, que era el encanto del hogar, ¿también se ha ido!

¡Ay! pensando en todo lo que se lleva consigo el año que acaba de fenecer: criaturas adoradas, celestes ilusiones, lo que es y lo que se espera, temblorosos nos preguntamos si el que viene no será más exigente todavía!

También nos preguntamos lo que hemos adquirido durante esos largos meses, hoy, al parecer, tan velozmente desvanecidos.

¿Hemos hecho algo que nos haya sido provechoso?

¿No hemos gastado nuestro tiempo en ocupaciones que no lo son, ó no deberían serlo?

\* \*

La señora Judit Gautier, ciertamente, no ha perdido su tiempo, porque en estos días ha publicado un libro original y gracioso que se llama *La Conquista del Paraíso*. Al lado del romance histórico, hay aquí tal riqueza de imaginación que involuntariamente uno piensa en los cuentos de hadas ó en esas descripciones maravillosas que nos hace Marco Polo del palacio y de los dominios de *Kubilai-Khan*.

El libro de la señora Gautier nos revela el paraíso de la India, no de la India contemporánea sino de la India de 1746 en todo el esplendor de su decadencia: la India de los fakires y de las bayaderas, enigmática y atrayente, dominada por sueños monstruosos en su letargo de treinta siglos.

\* \*

Mauricio Bouchor se ha llevado la palma este mes con su *Natividad*, tan bien representada por los muñecos y animalitos de madera pintada. En mi carta anterior se deslizaron dos líneas sobre este asunto; pero no puedo dejar

de volver sobre él para decirte que el éxito se ha transformado en una verdadera victoria. Imagínate que las boleterías del *Petit Théâtre* se ven sitiadas desde la mañana hasta la noche. La sociedad alta y baja acude ahí presurosa.

Y siempre ocurre lo propio cuando París ofrece algo que une á la novedad la belleza.

No te diré lo mismo de las demás piezas que se han representado en los principales teatros parisienses: casi todas han escollado con mayor ó menor estruendo.

En primer lugar, *El último amor*, de Jorge Ohnet, no ha satisfecho al público del *Gymnase*: no se ha dado sino quince veces, lo cual es poquísimo; con todo, la señora Tisandier y Rafael Duflos han hecho prodigios para salvar la obra de un naufragio.

Viene en seguida *La Egipcia*, dada en las *Folies Dramatiques* con un fracaso completo.

En la Opera Cómica han cantado *Benvenuto Cellini*, de Díaz. Este drama lírico, de la nueva escuela según muchos revisteros, me trae á la memoria los peores días de la historia musical francesa.

Pero la caída más ruidosa ha sido la de *La Parisienne*, de H. Becque. La comedia fué mal juzgada en el Teatro Francés, y corrieron la suerte de la obra los principales intérpretes, es decir, el señor Prudhon y la señorita Reichemberg.

A propósito de *La Parisienne*, un curioso proceso va á ocupar, próximamente, la atención de los tribunales y del público. Henri Becque se presenta contra Sarcey, el crítico del diario *Le Temps*. ¿Por qué motivo? La razón no deja de ser curiosa, y muy *fin-de-siècle*, como dicen.

Se había representado ya *La Parisienne* en el teatro de *La Renaissance*, y al señor Francisco Sarcey le había parecido bien la obra, de suerte que la declaró sin escrupulo obra maestra. Pero, ahora sucede que el señor Sarcey ha cambiado de opinión, y el señor Becque apela á la ley por este trastorno de ideas. Es la primera vez que vemos controvertido el derecho de cambiar de opinión. Comprendo que cuando se cambia de domicilio hay que notificar al propietario con uno, dos ó tres meses de anticipación; pero cuando se trata de adoptar una opinión nueva, yo creía que no había necesidad de dar aviso previo.

¿Y cuáles son las terribles cosas que ha dicho el crítico de *Le Temps*? Primero, ha declarado que *La Parisienne* no era una obra maestra; en seguida ha ofrecido apostar que no daría buenas entradas al *Teatro Francés*. Tales son los dos principales cargos de Becque contra Sarcey.

\*  
\* \*

Paso á describir á mis simpáticas lectoras unas *toilettes* compuestas y publicadas por Charme, el célebre dibujante de modas. Estoy segura de que no podrán ser imitadas en Chile sino por las suscriptoras de *La Familia*, pues es sabido que Charme no trabaja para los periódicos de exportación. No ignoras cuánta fama adquirieron en las Exposiciones de 1878 y 1889 esos trajes verdaderamente parisienses y del gusto más distinguido que sea posible imaginar.

Mis amables lectoras no dirán que las olvido; verán, por el contrario, que mi pensamiento está con ellas.

*Traje de interior*.—El corpiño de *bengalina* jaspeada, está descotado en cuadro. Un galón de terciopelo forma el contorno del cuello. De ese galón salen pliegues que se pierdan bajo la cintura del corpiño *chaquet* y bajo la sobrepollera.

*Chaquetita-faldón*.—Esta chaqueta no tiene cuello; está bordada lo mismo que la pollera, y sostenida en la cintura y en los puños por cintas de raso oscuro guarnecidas de cuentas de metal. Lo pollera, abierta en el lado izquierdo,

está igualmente sostenida por una cinta de raso.

*Traje de ciudad*.—Corpiño de falla bordada; aplicaciones de encaje. Ese corpiño está orlado en el borde por una banda de encaje. Las mangas, de falla bordada, están abofelladas. La pollera, de falla también, está guarnecida en la parte baja por dos hileras de blondas. Estas blondas están sostenidas por dos encarrujados llanos. Chaqueta encima del corpiño. La chaqueta es de paño brillante y liviano, con cuello y faldones. Las mangas dejan ver las del corpiño. Sombrero de paja adornado con encaje y flores silvestres.

*Traje de paseo*.—Corpiño tableado, sostenido en el cuello por un alfiler de plata. Este corpiño y las mangas, que son abofelladas, se hacen de gasa de seda. Las mangas caen sobre un puño bordado. Otro corpiño, ajustado, de faldones, y adornado de pingajas de seda y de cuentas por delante. Pollera de gasa de seda jaspeada, aplicación bordada; á cada lado, tres pliegues gruesos con los mismos bordados que la aplicación. El todo guarnecido abajo de desflocadura de seda. Sombrero de tul claro y llano en el interior, adornado con penachos, gasa y una cresta.

La elección de los colores depende del gusto de cada cual; pues he visto una misma hechura de *toilettes* con los colores más diversos.

Se despide, tuya, afectísima

AMBROSINA C.

## DESPOSADOS

Estaban sentados los dos bajo un toldo de ramas frescas en uno de esos bonitos jardines que, en Limache, producen flores á porfía. Ella, pálida, hermosa, triste, de mirada infinitamente dulce, tenía los ojos perdidos en el espacio; su cabeza se inclinaba como si sucumbiese al peso de la abundante cabellera de color de ébano, que contrastaba con la tez transparente del rostro. Á veces, una tos seca y breve sacudía dolorosamente su pecho, manchas rojas encendían sus carrillos y una ligera opresión la agobiaba; signos precursora de esa enfermedad que jamás perdona se imprimían en sus sienas, circundaban sus ojos, y entonces parecía que la muerte agitaba sus alas negras sobre esa criatura radiante de juventud y de belleza.

Él, atento al menor ademán de la niña, clavaba en ella una mirada investigadora, llena de cariño y de dolor. Un ligero surco cavado por la angustia le atravesaba la frente, y la arruga precoz vecina de la boca, acusaba desencantos de la vida en ese joven corazón afligido.

Margarita y Alberto eran novios desde tiempo atrás; un acontecimiento funesto había aplazado el día de su unión ante la faz del mundo: los padres de la joven, atacados por el cólera, habían fallecido con dos días de intervalo. Desaparecieron así, repentinamente, cuando sonreían á los ensueños de amor de la hija idolatrada, cuando, partícipes de su dicha, veían levantarse en torno de ella en el azul sin nubes, extensos horizontes de color de rosa.

Estas duras pruebas habían sumido á Margarita en una desesperación tan grande que su salud se quebrantó hasta llegar á inspirar temores serios. En vano las buenas almas que la acompañaban ponían esmero en prodigarle sus caricias y delicadas atenciones; nada la hacía sonreír ya, nadie tenía el poder de distraerla de sus lúgubres pensamientos, el padre se había llevado consigo la alegría de la hija, la madre su apego á la existencia.

Margarita había encontrado un nuevo hogar al lado de don Francisco Talvedra, hermano de su padre. Su tía la amaba entrañablemente, su prima Carlota le prodigaba un afecto de abnegada hermana.

En cuanto á su prometido esposo, Alberto Mora, el pobre joven cargaba, desde hacía dos años, la cruz de la desesperación, viendo deshojarse, como flor de un día, á la prenda de su alma. ¡Cuán sombría era la congoja que le atormentaba al contemplar el constante é implacable menoscabo de ese querido cuerpo, tan tenue, tan liviano, tan desprendido de las cadenas de la tierra!

¡Él adivinaba ahí, cerca de la mujer amada, la presencia de la terrible enemiga! Cuando envolvía á Margarita en una mirada anhelante y llena de ternura, creía distinguir al rededor de ella un resplandor vaporoso que la atraía hacia arriba, donde todo es luz y perenne ventura. Ella sonreía á lo desconocido de más allá, y hablaba de su partida como de un próximo y agradable viaje.

Era muy romántica la interesante enferma; sus autores favoritos eran Goethe y Shakespeare; ya en otra ocasión había formulado el deseo de morir joven, bella, amada. Cuando los primeros síntomas de su dolencia aparecieron, en vez de combatirlos sin demora, dejó que poco á poco el mal invadiese su pecho, y se entregó, con amarga voluptuosidad, al pensamiento de su muerte cercana. Sin embargo, amaba á Alberto con delirio y estaba también segura del amor del joven; un gozo sobrenatural palpaba en ella cuando se imaginaba que él no le sobreviviría, y que podrían celebrar, unidos en el cielo, nupcias inefables.

El padre de Alberto, don Marcelino Mora, médico famoso, era el que atendía á la joven enferma. La había visto nacer, la consideraba como su hija, presentía, tal vez, que la vida de Alberto estaba vinculada á la salud de su novia, ¡qué no haría entonces el doctor para salvar á Margarita! Pero... su sabiduría y su experiencia iban á estrellarse, impotentes, contra esa consunción lenta y segura...

¡Y todavía esperaba!

## II

Encima de Margarita, una bóveda de lilas protegía melancólicamente su cabeza lánguida; un soplo de viento sacudió las flores, y algunos tiernos pétalos cayeron sobre sus cabellos y sobre sus manos diáfanas.

—Mama quería tanto estas flores, dijo á Alberto: ¿no será ella la que pasa en este instante y me dice: Hasta luego?

Y tomando una por una las pálidas hojitas, las besó prolongadamente. Alberto recogió con suavidad las que se habían mezclado á la cabellera negra de su prometida y las guardó entre dos páginas de su libro de apuntes.

—Mi muy amada, le contestó, sonriendo con esfuerzo, esa lluvia de flores es un presagio feliz. Sabes que en ciertos países, para concluir la ceremonia de los desposorios, se coloca una corona de flores sobre la cabeza de los esposos, y los pétalos que se escapan de la corona son religiosamente recogidos por las niñas: dicen que son un talismán.

—¡Pobre querido Alberto! ¿para qué conservar todavía ilusiones? Dios no quiere que nuestra unión se realice acá abajo; místico será nuestro enlace. Conformémonos con la suprema decisión. Cuando, despojada de su efímera envoltura, mi alma se cierna en los espacios infinitos, nunca se alejará de ti; y cuando haya llegado el término de tus días, estará ahí esperándote, con la sonrisa del amor eterno... Pero... ¿no me olvidarás?... ¿Será bastante fuerte tu amor para resistir al tiempo, á la ausencia, á la separación sin límite conocido?

—¡Por favor, Margarita, no me hables más de esa manera! Para mí es una muerte anticipada esa zozobra que me martiriza el corazón cuando escucho tus acentos tristes. ¡Vive, adorada mía, vive! ¡No niegues tu simpatía á las cosas de la tierra, ten piedad de mí, que moriré si tú mueres!... ¡Oh, Dios mío! vivir sin verla, sin escucharla... no poder acariciar ya el sueño encantador de sa-

crificarlo todo á su dicha... de respirar el mismo aire que ella... no... no es posible... Te seguiré, Margarita, te seguiré hasta donde puede ir el espíritu impulsado por el amor.

—¡Alberto mío, cuánto te quiero! ¡Bendita sea tu amistad compasiva y fiel! ¡Ya puedo morir tranquila, feliz, porque sé que moriré llorada!

## III

—¡Vamos, vamos! ¿hoy no se come? ya son más de las seis. Por sabido se tiene que los enamorados viven de suspiros y de agua fresca... pero mi estómago es más exigente, hijos míos, pide buenas sopas y jugosos rosbifs... A comer, digo. Hoy he ganado muy bien mi comida, les aseguro. Tenía un enfermo al otro lado de la población, y sin más ayuda que mis dos piernas he ido y vuelto á tranco militar: heme aquí medio molido y casi muerto de sed y de hambre...

Así habla el doctor Mora, que viene llegando de afuera, como el mismo lo dice.

Carlota, que ha oído su voz, acude en el acto:

—¡Doctor, doctor! qué buena idea ha tenido usted de regresar tan á tiempo; la comida no se atrasará... Es que le he preparado una golosina... un pudín de ciruelas... ¡es tan rico cuando se toma caliente!...

Después abrazando á Margarita:

—¿Cómo te sientes, prima de mi alma? ¿tienes apetito?... Pero ¡qué buen semblante! ¿no es verdad, doctor? ¿No tenía yo razón cuando afirmaba que el temperamento de Limache le probaría bien?

—¿Lo crees? contestó indiferentemente la hermosa enferma; ahora, para mí, todos los temperamentos son más ó menos iguales...

—¿Has tosido? preguntó el doctor.

—Muy poco... pero siento mucha debilidad, sofocación á veces...

—¿A ver el pulso?

Y con una solicitud tierna que se pintaba en su rostro, el médico guardó breves instantes entre sus dedos el puño delicado de la niña.

—Noto una mejoría en el estado general... Si lo deseas, Margarita, puedes sanar dentro de un plazo muy corto.

Margarita tomó el brazo de su amigo y suspiró tristemente... Todos caminaron entonces en silencio hacia el comedor donde los esperaban el señor Talvedra y su mujer.

## IV

Cuatro horas más tarde, nuestros amigos se hallaban en el salón, salvo Margarita que, según orden del facultativo, se recogía temprano todas las noches.

Á pesar de la nota alegre que produjo en la comida el pudín de Carlota y que había sido proclamado excelente, la fisonomía de cada uno de nuestros cinco personajes acusaba inquietud profunda.

—¿La encuentras peor? preguntó don Francisco Talvedra al doctor Mora.

—Esa pobre niña me desespera. Mis tentativas resultan vanas. Habría, con todo, un remedio enérgico, en el cual podrían fundarse esperanzas; es un remedio moral que está entre las manos de Alberto y de Carlota; si poseyeran el valor suficiente para aplicarlo, casi me atrevería á vaticinar la salvación de Margarita.

Y como sus interlocutores lo mirasen inquietos, asombrados, continuó:

—Si conseguimos distraer el pensamiento de esa criatura de los seres que amaba y que han desaparecido; si la obligamos á mirar hacia la tierra, si nos atrevemos á persuadirla de la fragilidad posible del amor de Alberto, si podemos, en fin, sacudir la inercia de su voluntad, quién sabe, entonces, si el amor no vencerá á la muerte?... ¿Me comprendes, Alberto?... ¿adivinas Carlota?... Es menester que representéis am-

bos la comedia de un amor naciente; es preciso que Margarita llegue á entrever un matrimonio posible entre ustedes dos; es indispensable, en fin, que conozca los tormentos de los celos!

—¡Padre! gimio Alberto, ese remedio es demasiado cruel!

—Margarita está perdida, hijo mío; ¿quieres tentar un supremo esfuerzo?... la amas?... Entonces, escúchame y estudia tu papel mientras Carlota estudia el suyo.

LADOISKA MAAPAKÁ

## LA EDUCACIÓN DEL NENE

### I

Ha llegado la hora en que se despierta el niño. Si no manifiesta el deseo de dejar inmediatamente su camita, se le puede dejar allí durante algunos minutos entregado al amodorramiento que sucede al sueño, y precede al despertar; pero sólo durante algunos minutos. Un tiempo más largo consagrado á este acto de pereza, podría degenerar en mala costumbre.

Nene es, según el caso, una niña ó un muchachito; sea lo que fuere, los mismos preceptos de civilidad pueden convenirle.

Apenas se levanta, da los buenos días á la persona que lo asiste.

Le han enseñado que una de las cosas más importantes es la limpieza. Le lavan los pies inmediatamente, y proceden, según su edad, sea á las abluciones, sea al baño completo. Es muy fácil inculcar al niño esta semivirtud, como llamaba San Francisco de Sales á la limpieza: para eso basta considerar como una desgracia, pequeña, si se quiere, pero efectiva, todo vestigio de suciedad sobre él ó sobre sus vestidos, y obligarlo, cuando se le descubre, á interrumpir sus juegos para hacerlo desaparecer en el acto, sea con la ayuda de una esponja, sea cambiando el traje. La contrariedad que sentirá por una ú otra de estas obligaciones, le hará adquirir hábitos cuidadosos que se deberán fortificar *teniéndole lástima* seriamente, ó dándole vergüenza, cuando no esté bien limpio. El éxito de esta primera educación depende de la continuidad del esfuerzo realizado para procurarla. He conocido una niña de tres años que derramaba un mar de lágrimas cuando su madre le señalaba con el dedo, y el rostro expresivamente afligido, una mancha sobre su vestidito rosado. Si, por el contrario, para con accidentes de esa naturaleza, muestra uno un día seriedad y al día siguiente tolerancia, si permite que la cara, las manos, un traje estén manchados, de un solo golpe queda destruído el beneficio de la iniciación á la limpieza, iniciación tentada pero no proseguida.

Cuando Nene está bien lavado, tiene que rezar. Además de la sublime oración del Padrenuestro, se pueden componer para el uso especial del niño algunas oraciones cortas, en las cuales pedirá á Dios asistencia para no incurrir, en el curso del día, en sus más grandes defectos habituales.

Supongo que Nene está demasiado chico todavía para sujetarlo á cualquier estudio. Pero no sólo en los libros se aprende algo. Para hablar claro, el papel de la madre consiste en dar al niño una enseñanza perpetua:

Reprimir sus arrebatos en el curso de sus juegos;

Sofrenar su glotonería, que podría comprometer su salud;

Combatir en él toda propensión á la burla ó á la grosería, como ser el ocasionar molestia á alguna de las personas que lo rodean, aunque sea ésta una humilde sirviente;

Oponerse á que cometa injusticias; Darle vergüenza por su egoísmo, así como por cualquier otro sentimiento malo... (¡Hay padres que se rien de esas disposiciones, cuando el niño las manifiesta de una manera más ó menos graciosa!);

Ayudarlo, alentarle para proceder bien en todas las pequeñas circunstancias que se producen en el curso del día;

Sembrar en él la semilla de la bondad, de la justicia, de la generosidad, sin pretensión didáctica, sin recurrir á discursos largos, de los cuales no escucha una palabra el niño; combatir sus sentimientos malévolos, cultivar y desarrollar lo que la naturaleza ha puesto en él de hermoso y de bueno.

EMMELINE RAYMOND

## ENSEÑANZA MUSICAL

### II

#### DEL MECANISMO

Tan lejos se lleva hoy el estudio del mecanismo, que la agilidad más extraordinaria en los dedos de nuestros grandes pianistas, no tiene ya nada que pueda asombrarnos. Las dificultades que ayer parecían invencibles no son para ellos sino un juego de niños; parecería que tratasen de aumentarlas, de multiplicarlas, de hacerlas más retumbantes y aturdidoras, merced á la rapidez indescriptible de los movimientos y á una manifestación de energía que, por lo demás, perjudican al encanto de la música sin dar mayor relieve al que toca.

Para adquirir esa agilidad ¿qué se necesita? Una larga serie de años de gimnasia de los dedos, con varias horas al día de persistente estudio; y esto sin tomar en cuenta el trabajo especial que exigen las obras más difíciles de los compositores clásicos y modernos. Todavía, para llegar á ese grado de destreza, se necesitan cualidades físicas y una organización particular que no todos poseen.

Ahora ¿es realmente indispensable alcanzar ese grado de habilidad mecánica? ¿Se interpretan con ella de un modo más satisfactorio las composiciones más bellas que se hayan escrito para piano? No lo creemos.

Un exceso de trabajo mecánico en los dedos llega á embrutecer el espíritu y á ocasionar daños al buen gusto y á la delicadeza del sentimiento musical.

Desgraciadamente, de estas dos entidades se hace ahora poco caso, y en la ejecución de una obra, el estilo es lo que menos se contempla. Con tal de que la parte brillante realce la agilidad de los dedos, no se busca, en la generalidad de los casos, otra cosa.

Cierto es que tales dedos son admirables maravillas; pero, ¿no se piensa en que existen pianos mecánicos que sobrepujan á los dedos más portentosos, mientras que nada puede reemplazar el alma, la gracia, el sentimiento profundo que un pianista realmente inspirado sabe poner en su ejecución?

Es preciso tener buenos, excelentes dedos; un mecanismo ejercitado con seriedad y constancia; se debe poder tocar mediante un trabajo concienzudo, con la mayor perfección, todo lo que ofrece dificultades en los pasajes brillantes; pero en vez de sacrificar el estilo al deseo de producir mucho efecto, es menester que los dedos permanezcan siempre como los servidores del estilo, que constituye la cualidad más alta del talento así como es la más rara.

Dad, pues, una parte de vuestro tiempo al trabajo puramente mecánico, sin que ello entorpezca vuestro espíritu. Conseguid, sobre todo, una entera independencia de los dedos entre sí, una igualdad perfecta en la fuerza y en la ligereza: una limpieza irreprochable.

Que las escalas se deslicen como el aceite (según la expresión de Mozart), sin la menor irregularidad, sin un tropiezo de la mano al pasar el pulgar ó cuarto dedo debajo de ella, sin desigualdad de presión, y con la rapidez que requieran los pasajes rápidos.

Lo que decimos respecto de las escalas, se aplica también á los arpeggios (que de ordinario se descuidan demasiado), á los acordes rotos y á los rasgos de toda especie como se les encuentra

en el *Ritmo de los dedos* de Stamatty y en los ejercicios de Tougig, dedicados á Liszt, y adoptados en los Conservatorios para los alumnos de alguna habilidad. Esos ejercicios, traspuestos en todos los tonos, son excelentes.

En las piezas que se tocan, también existen temas que pueden servir de ejercicios de mecanismo. Los hay en las *sonatas*, en los *concertos* y se puede emplear en ellos largas horas con mucho provecho.

Es menester también emplear con método el tiempo consagrado al estudio, y mucha exactitud y perseverancia en el trabajo, si se pretende hacer progresos sensibles.

A. CHARPENTIER

## LA MARIPOSA DE ORO

(Especial para LA FAMILIA)

—¡Esta pesada atmósfera me ahoga! ¡Prefiero la soledad, el aire y la luz para mi corazón y mi espíritu abatido, que todos los encantos de una noche de orgía!...

Así exclamaba Alfredo una hermosa mañana de primavera, saliendo de la casa de X, joven disipador y libertino. Llevaba bajo el brazo un viejo violín con funda de un color casi indefinible, á causa de los estragos que hicieran en ella el tiempo y el uso.

¿Quién era Alfredo? Era uno de los tantos bohemios que en todos tiempos y pueblos, sin rumbo fijo ni fortuna, van buscando la realidad de sus ensueños de color de aurora. Era músico y poeta, y estas bellas cualidades se completaban con la bondad de su carácter y la pureza de su corazón.

Tenía siempre en su cerebro una preocupación constante, una idea fija, imborrable, como fulgor de astros. Su corazón y sus labios dábanla forma y vida en una sola frase: «¡Amar y ser amado!» Este era el ideal único de su alma de poeta y artista impresionable.

Contaba apenas veinte años y era huérfano y solo.

Una pasión oculta, desconocida para él, había germinado deslumbrante en su corazón sensible. ¡Veía la imagen ideal de la mujer que amaba, y no sabía dónde hallarla!... Cuando el pajarillo azul de los ensueños de oro, modulaba, en sus noches de insomnio, la melódica canción de amores, él la veía á su lado, risueña y vaporosa, con su blonda cabellera suelta bajo la rosada morbilidad de su espalda; su gracioso rostro, rivalizando con la rosa y el lirio; sus ojos rasgados y azules, soñadores como los de una huri oriental, y las bellezas todas de una perfecta diosa, como aquella que ideó Pigmalión en el paroxismo de su genio creador. Entonces la hablaba con frenesí, enamorado y rendido á sus plantas. Su pasión no tenía límites, ni tampoco su vena lírica. Se desbordaba bullente de vida y de amor, melodiosa, arrebatadora. Y la bella ilusión se animaba á los cálidos prismas del delirio, y veía sus ojos hermosos y su seno ebúrneo y palpitante!...

Pero cuando la ilusión desaparecía de su espíritu, y á su alrededor sorprendía su miseria y abandono, entonces desconfiaba de todos, hasta de la vida. ¿Para qué quería él vivir? para qué soñar? Mas, su corazón era bueno, y pronto le infundía consuelo y esperanzas. Parecía que una voz misteriosa le decía al oído «¡Confíad y esperad!» Y él confiaba y esperaba con humilde resignación.

En su guardilla oscura y desmantelada, encontraba distracción en sus horas de angustia.

¡Poseía un violín!

Su padre, violinista eximio, pero que vivió siempre pobre, se lo dejó al morir. Ese instrumento constituía para él todo su patrimonio, y su entretenimiento favorito.

Allí, haciendo vibrar sonoras sus

cuerdas, cantaba sus versos, ya tristes como su alma enferma, ya alegres como su corazón de veinte años.

Así pasó algún tiempo, viviendo sólo de ilusiones y esperanzas.

Una vez, al dar vuelta la esquina de una calle, se encontró con un antiguo camarada de cuando él era estudiante en la escuela de su tierra natal. Ambos se abrazaron alegremente y prometieron verse á menudo.

Alfredo, acaso por espíritu de compañerismo ó por hallar dónde desahogar su corazón, visitó repetidas veces la casa de su antiguo amigo X. Pronto éste comprendió el estado del ánimo del joven y procuró distraerlo á toda costa, pues era rico y dispendioso, y le gustaba la alegría y el vino, el juego y las mujeres.

Cuantas veces veía á Alfredo, trataba de disuadirlo de su tristeza insólita y de su amor imaginario. ¡Refase de él y lo compadecía!

—Yo trastornaré á ese misántropo y todas sus manías de decencia en mozo alegre y enamorado, decía X, confidentemente, á sus demás amigos.

Y cuando volvió á verlo, lo invitó para una noche que había tertulia en su casa. El pobre artista aceptó ingenuamente la galante invitación de su amigo.

\* \*

—¡Escancia, morena mía, en las copas lucientes, el champaña de burbujas de topacio y oro!

—¡Acércate, Hebe olímpica, y dame un beso!

—¡Dancemos, niña mía, con dulce arrobamiento al són del instrumento, que ya clarea el día!

Así como éstos, otros diálogos no menos insinuantes se oían en la morada de X. Había, pues, invitado á sus mejores amigos y amigas, todos jóvenes alegres.

Para Alfredo fué aquello una novedad al principio, y hasta olvidó por algunas horas el objetivo tormentoso de su espíritu. Aun se creyó feliz rodeado de tantas jóvenes amables, de tantos amigos francos y cariñosos. Se mostró jovial con todos y fué el héroe de la fiesta.

Las mujeres sondearon con argucias su corazón, su inteligencia y su candor. Mostráronse ante él con esas transformaciones de carácter, tan súbitas como disimuladas, con que la mujer se luce á los ojos del hombre, para aprisionarlo mejor con sus hechizos. Y quizás hubiera sucumbido moralmente en presencia de sus voces argentinas, de sus tiernas miradas y del esguince voluptuoso de sus gentiles cuerpos. Pero en su socorro vino la imagen púdica de su bello ideal, más atrayente que nunca, á reconquistar el débil corazón del artista. Comprendió su situación y tomó su sombrero, colocando bajo el brazo su viejo y querido violín. Sin despedirse de sus compañeros, salió á la calle en busca de mejor ambiente para refrescar la fiebre de su espíritu.

Y su salida fué á tiempo, porque ya la orgía llegaba á su período álgido. El vino y el champaña hacían su efecto en aquellas cabezas: todos cantaban y dancaban al compás de una música beoda.

\* \*

Alfredo siguió vagando por las calles y plazas de la ciudad, en busca de un sitio solitario, donde, sin testigos profanos, pudiera desahogar su oprimido corazón.

Al fin se internó por un vergel ameno y pintoresco. Se sentó sobre la yerba, y comenzó, en su violín, á tocar una melodía de Beriot, acompañando indirectamente al concierto de los pájaros canoros que saltaban de rama en rama, saludando el astro-rey de oriente.

La mañana era hermosa; la brisa, impregnada de aromas y de armonías selváticas, agitaba las hojas y los péta-

# LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE MARZO DE 1891

NÚM. 14



SELVA EN LA ARAUCANÍA

SUMARIO.—NUESTROS GRABADOS.—CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.*—DESPOSADOS (conclusión), por *Lodoiska Maapaká.*—IDILIO. ¡SUBLIME MUERTE! poesías, por *Belisario Guzmán Campos.*—CURIOSO CASO DIPLOMÁTICO, por *Laura Peruccelli.*—¡FLORENCIAL!.. poesía, por *Iván.*—LA EDUCACIÓN DEL NENE, por *Emmeline Raymond.*—LA CARIDAD, por *Violeta.*—VARIEDADES. CHARADA, por *Erasmus 2.º Jofré.*—HIGIENE ELEMENTAL, por el *Doctor Labuela.*—RECETAS ÚTILES.—BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia y consultas.—FOLLETÍN.—AVISOS.

## NUESTROS GRABADOS

### SELVA EN LA ARAUCANÍA

El de la primera página dará á nuestros lectores una idea de los majestuosos bosques seculares que cubren una considerable extensión de la Araucanía. La invasión de la industria de las maderas ha hecho desaparecer de aquella región muchas selvas magníficas, pero pasarán largos años antes que se agote esa portentosa riqueza de nuestro territorio austral.

### COQUIMBO

Es tal vez el primer puerto de Chile por sus condiciones náuticas. En su espléndida bahía acostumbra invernar tanto las naves de guerra chilenas como las extranjeras que visitan nuestras aguas.

Distra sólo tres leguas y media de la Serena, desde donde se le distingue perfectamente.

## CARTA PARISIENSE

Estatuas y más estatuas.—Sarah Bernhardt en la China.—Judic en Rusia.—Octavio Feuillet.—Una ocurrencia de M. Carnot.—Comidas diplomáticas femeninas.—Modas masculinas.—¿Cómo se visten los hombres?—El frac *for ever.*—Datos útiles.

París, 15 de enero de 1891.

SEÑORA DIRECTORA DE "LA FAMILIA"

Querida amiga:

¡Estatuas y más estatuas! Las dos que se nos prometen llegan á tiempo para despertar el recuerdo de dos poetas, cuyos nombres son más conocidos de los ancianos que de los jóvenes. Uno de ellos es Emilio Deschamps, que tal vez mediante una suscripción poseerá su monumento. El otro, de nombre más ilustre, pero no tan simpático, es Hege-sippe Moreau, el poeta singular que ha tenido la franqueza de pintarse á sí mismo en estas pocas palabras: "Muerdo la mano que me acaricia".

Dentro de algunos días Sarah Bernhardt va á emprender un viaje alrededor del mundo, que haría vacilar á más de un enérgico aventurero. Pero esta vez no se conformará con hacer escala en Méjico, San Francisco, la Habana, Panamá, Chile, Buenos Aires y Río de Janeiro.

Hará también una rápida excursión á Australia, país muy nuevo todavía, bajo el punto de vista de la explotación dramática. En verdad el idioma francés se practica ahí muy poco, lo cual es un obstáculo serio. Pero Sarah Bernhardt ha conquistado ya á públicos que no entendían lo que decía; la interpretaban con los ojos.

De la Australia quiere pasar á las Indias. Después de las Indias, una gira ó *tournee*, como dicen, á la China y al Japón... Y de ese viaje habla sonriendo, en tono de broma, gozándose ya de la diversión que le va á proporcionar.

Diversión gigantesca, seguramente, pero que le hará ganar dos millones de rancos en dieciocho meses.

Vale la pena emprender el viaje en tales condiciones.

Sin embargo, no todo es color de rosa en esas peregrinaciones artísticas.

En este momento, Judic, que recorrer la Rusia, es víctima de manifestaciones poco agradables. Folletos hostiles han sido publicados en contra de ella, folletos en que se la pone en caricatura y se comenta con malevolencia su vida privada.

¿De dónde viene el golpe? No se sabe. Ella misma lo ignora. Pero, resuelta á no dejarse maltratar así, la otra noche ha rehusado entrar en escena si se seguía vendiendo el libelo en la sala.

\* \*

Octavio Feuillet, el novelista de las mujeres honestas, ha muerto, después de varios años de una enfermedad dolorosa que engendraba en él la hipochondría.

Su última salida ha sido á la Academia.

El jueves 11 de diciembre, día de la elección del sucesor de Emilio Augier, fué á sostener la candidatura de su amigo M. F. Brunetière, y dijo:

—"Á la próxima vacante, votaré para Zola, cuyo lugar está marcado aquí."

Entonces no preveía su muerte cercana: pero su deseo no dejará de realizarse si el escritor naturalista sucede al escritor idealista.

La lucha, pues, va á principiar nuevamente. ¿Aparecerá algún improvisado Freycinet para desbancar á competidores tan numerosos?

\* \*

Ya que me refiero al señor de Freycinet, te anunciaré que lo vamos á tener nueve años más como senador.

En la noche de su victoria electoral, el señor de Freycinet fué al Eliseo para comunicarla al presidente.

El señor Carnot recibió al punto al jefe de su ministerio y cambió con él un cordial apretón de manos.

En seguida el señor Carnot toma la palabra:

—Mis sinceras felicitaciones...

—Usted es demasiado amable.

—Todo le sale bien, querido señor de Freycinet. ¡Todo!... Sillón en la Academia francesa... Sillón en el Senado... Verdaderamente, no le queda sillón por desear... (con una sonrisa graciosa) á no ser el mío...

Y si, lector, dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

\* \*

La condesa Hoyos, embajadora de Austria, ha convidado á comer al Presidente de la República y á la señora Carnot. Hasta hoy la esposa del jefe del Estado no se había sentado á la mesa de un embajador imperial.

Los otros representantes de los soberanos extranjeros han seguido el impulso. La señora Carnot ha viajado así por toda Europa sin alejarse de París. Esas excursiones á los comedores aristocráticamente extranjeros han debido serle muy agradables.

\* \*

Una innovación que los cráneos masculinos, calvos y sensibles, solicitan á la vuelta de cada invierno, es la de no quitarse más el sombrero en la calle para saludar.

Hace mucho tiempo que los hombres se saludan militarmente, levantando la mano derecha hasta el ala del sombrero. Para saludar á las señoras eso sería demasiado *fin-de-siècle*, francamente; así es que se habla de introducir el saludo oriental: la mano derecha colocada sobre el corazón, con una ligera inclinación del cuerpo, en vez de levantarse el sombrero.

Es probable que esto se verifique... para las calendas turcas.

\* \*

¿Cómo se visten los hombres?—Siempre lo mismo, con un traje nada gracioso, que no recuerda, ni remotamente, el que usaban los caballeros de la Edad Media.

Cuando haya dicho que la ropa de los hombres se ribetea con trencilla, que se hace un simple respunte en su contorno; que el sombrero de ceremonia se hace derecho ó ligeramente cónico, con los bordes pequeños y arrollados, habré dado á conocer, en breves palabras, los rarísimos cambios que se suceden de una estación á otra; hasta los tejidos son invariables. Los trajes de fantasía únicamente suelen presentar alguna modificación en los dibujos mezclados.

El frac se usa con más frecuencia que antes. Es obligatorio para los casamientos, bailes, tertulias, grandes comidas, lo mismo que para las ceremonias fúnebres.

En este último caso el frac es llano, de aspecto severo, mientras que en las circunstancias precedentes las vueltas están adornadas con un forro de seda y los contornos ribeteados con una huincha angosta.

Para los matrimonios, bailes, conciertos, se deja á un lado la camisa de pechera sencilla y se adopta la pechera bordada, con tres botones bastante voluminosos. El cuello es muy alto, cruzado, derecho, ó si no con las puntas quebradas.

Añado, entre paréntesis, que á la fantasía sólo rinden tributo los hombres jóvenes. La gente seria elige siempre lo que no llama la atención. Efectivamente, no puede haber fantasía para el médico, el abogado ó el magistrado, los cuales están obligados, en sus relaciones diarias, á llevar una especie de uniforme austero. Hasta en las relaciones de salón no se podría admitir que un juez ostentase el mismo atavío que un estudiante ó un artista.

Por eso mismo, el *chaquet* elegante es, en la mayor parte de los casos, el complemento de un traje mixto para joven, traje de paseo, de visitas improvisadas, de carreras. El sombrero de seda ó el de fieltro suelto pueden acompañar al *chaquet*; el chaleco es más ó menos claro ó del mismo género. En todo caso, el pantalón de fantasía, de media tinta, puede ponerse con el *chaquet*. La corbata *plastron* es de raso de ramos, con fondo claro.

Cuando lo permite el tiempo se usa el terno de *chaquet*, ó más bien de vestidón derecho ó cruzado.

Los guantes adoptados son el *Derby*, bordado de seda; el *sportsman* de badana curtida, color solferino, y el de cuero ruso con costuras dobles.

Los sobretodos se hacen siempre derechos ó cruzados, con cuello igual ó si no terciopelo; para jóvenes, el sobretodo chaqueta. Las pieles, empleadas para cuellos y botamangas, están muy de moda.

El sobretodo con esclavina larga ó de forma *coachman* (1) es muy útil para jóvenes y niños grandes cuando el tiempo está malo.

Para los niños de diez á doce años, hay el traje *sastre*, masculino, al que puede adaptarse el pantalón corto con jareta.

El zapato Garibaldi de marroquí es el más adecuado para esa edad.

Un traje de interior muy cómodo es el terno con chaqueta derecha, amplia, de paño afranelado. La camisa de *surah* ó de franela, con cordoncillo de seda al cuello acompaña á este traje.

Los calcetines finos del modelo más reciente son de seda ó de lana con dibujos escoceses.

El calzado consiste en el botín alto de empeine, de cabritilla; el botín de charol con caña de marroquí y el zapato Garibaldi con pasadores.

Los bastones, lo mismo que los paraguas nuevos, tienen el mango de plata vieja, cincelada, ó de marfil esculpido (estilo japonés). También se hacen con

pomo de oro, de ágata ó de otra piedra más ó menos apreciable.

Se despiden, querida amiga, hasta el próximo vapor tu devotísima

AMBROSINA C.

## DESPOSADOS

(Conclusión)

V

Diez días han transcurrido; Carlota y Alberto han empezado á recitar la comedia de amor; conversan *sotto voce*, se disparan tiernas, melancólicas ojeadas, tocan á cuatro manos, cantan dúos amorosos con acompañamiento de guitarra; pero Margarita parece no advertir semejante juego... sigue arrastrando sus días enfermizos, serena y triste. Dotada de un noble corazón, los sentimientos mezquinos le son desconocidos; y tiene demasiada confianza en la fidelidad de Alberto para que pueda presentarse á su espíritu leve sospecha.

—Doctor, en vano Alberto y yo presentamos un papel ridículo, decía Carlota á don Marcelino Mora; nunca se imaginará Margarita que Alberto me ame, y... ¿sabe usted que la empresa tiene sus peligros?... ¿Si nos enamorásemos de veras?... añadió con sonrisa maliciosa.

—Eso, muchacha, no me inspira temor, contestó el esculapio. En primer lugar, ustedes quieren demasiado á la pobre Margarita; en seguida el corazón de ustedes está á cubierto de cualquiera asechanza por otros leales compromisos... Á propósito, ¿cuáles son las últimas noticias de Cayetano?

—¡Ah, mi pobre Cayetano!... Y la niña llevó con fervor á sus labios el anillo que le dejara el novio ausente...

—Faltan todavía tres meses para su regreso. Ahora está en Viena, desde donde me escribe una carta preciosa. Tome usted y lea...

Del interior de su corpiño, Carlota sacó unas cuartillas de papel muy arrugadas y llenas de borrones. El llanto y el manoseo habían dejado imposible aquella escritura primitivamente limpia y pareja.

En ese momento, apareció la dulce y encantadora Margarita.

—¿Una carta, Carlota?... ¿de Cayetano?... ¿volverá pronto?

—¡Oh! cuatro letras de muy escaso interés, que nada dicen de positivo. No deja de ser fastidioso esto de aguardar eternamente á su media naranja, que muy bien puede resultar medio limón.

—¿Cómo! ¿Ya no lo amarías?

—Ello es que si piensa echar raíces en el Viejo Mundo, bueno será que lo vaya anunciando. Á fuerza de esperar una se desespera.

—¿Es posible? exclamó Margarita. ¡Jamás te hubiese creído tan inconstante!

Y se alejó toda apenada.

El día siguiente, Alberto fué á Valparaíso y volvió con varios regalos para las dos niñas. Ordinariamente, cuando hacía estos viajes, no se acordaba de Carlota; pero esta vez le trajo la música de una nueva zarzuela, un dedal de oro y un saquito de perfumes. Margarita no dejó de manifestar sorpresa en vista de tan insólito proceder, y en lo más íntimo de su alma sintió una punzante herida.

En la mesa descubrió que Carlota y Alberto sostenían, por medio de signos, un animado coloquio; fué tal su pesadumbre que casi se pone mala. Un esfuerzo supremo de voluntad la ayuda á vencer su dolor. Sin embargo, los celos han empezado ya su obra destructora. Margarita trata de resistir valerosamente á su soplo impuro, de sobreponerse á esa debilidad indigna de ella.

Y cuando todos pasan al salón, dice á Carlota, sonriendo:

—Prima, tengo sed de música. ¿Quiere

(1) En inglés, cochero.

res cantarme una romanza de *Un Ballo* ó de *Mignon*, la que tú elijas? Alberto te acompañará.

Carlota tenía una voz soberbia; Margarita la escuchó absorta, cual si oyera un coro celestial. Terminada la romanza, la niña se retiró á su cuarto.

Pero no pudo dormir; la lucha entre la virtud y el demonio de los celos, mantenía en vela su espíritu agitado.

¡Su prima cansada de aguardar á Cayetano! ¡Ah! todo lo comprendía ahora.

¿Y Alberto? ¿no se fastidiaría también de llorar á Margarita cuando ella se hubiera alejado para siempre? ¡Morir él! ¡Oh! nó! de fijo no se moriría. ¿No estaría Carlota ahí para consolarlo?... Pero... entonces... ¿Alberto no la amaba ya? ¿á ella? Tenía compasión... nada más... ¡Compasión! ¡Palabra horrible! ¡El, Alberto, su todo en la tierra, su ensueño querido, sería capaz de cometer una villanía semejante?... Podría entregar su corazón á otra mujer y fingir al mismo tiempo cariño por la novia moribunda?...

Los menores incidentes de los últimos días, en que Carlota y Alberto habían sido actores, se le presentaban ahora con todo su aterrador significado: las exquisitas atenciones de su novio para con su prima; la ansiedad con que bebía las palabras del joven... esa rosa que Carlota lucía ayer en el pelo, él mismo la había colocado ahí... sí... demasiado recordaba en ese instante la conducta singular de Alberto, la actitud provocadora, risueña y despreocupada de su prima...

¡Por Dios santo! Los hipócritas no aguardaban la muerte de ella para hacer alarde de sus sentimientos mutuos. ¡Qué trastorno, qué desengaño!

... Y así pasó la noche en atroz agonía...

Por la mañana, se levantó más temprano que de costumbre, y quebrantada, aniquilada, se presentó á don Marcelino, á quien causó espanto su demacrado rostro.

—¿Dónde está Alberto? preguntó con voz débil.

—Fué á dar un paseo con Carlota; han salido á caballo hace unas dos horas, así es que no tardarán en volver.

Fué este un nuevo rudo golpe para la pobre niña. Suplicante, elevó al cielo sus hermosos ojos, cual desterrado que divisa las lejanas riberas de la patria.

## VI

—Alberto, decía, algunas horas más tarde, Margarita á su novio, debajo del mismo emparrado donde los hemos visto por primera vez, tengo que pedirte un favor.

—Habla, amada mía, pronto estoy á satisfacer tus ínfimos deseos.

—Escucha con atención y no trates de disuadirme... Carlota me ha dado á entender que ya no quería á Cayetano, y estoy convencida de que en el fondo de su corazón te adora... Sí, á ti, Alberto... Pues bien, mi voluntad es esta: que sea ella tu mujer cuando yo haya abandonado la tierra.

—¡Margarita! ¡Margarita!

Enternecido, iba el joven á arrodillarse á los pies de la niña enferma, cuando vió á su padre que se acercaba con Carlota.

Entonces, haciendo un esfuerzo increíble, ocultando la cabeza entre sus manos, murmuró:

—Hágase tu voluntad, Margarita. Si Dios te llama á su lado, Carlota será mi esposa.

Cuando oyó esa respuesta, que realmente no esperaba, Margarita sintió en todo su sér una conmoción terrible, y viendo á su prima á pocos pasos, llena de desesperación, se lanzó sobre ella exclamando:

—¡Véte! véte de aquí! ¡Yo te odio! ¡te aborrezco!...

Y cayó inerte en los brazos del doctor.

—¡Muerta! ¡muerta! yo soy quien la ha matado! gritaba Alberto arrancándose

los cabellos. ¡Maldito soy! ¡Desgraciados nosotros!...

Cuando Margarita volvió en sí, echó sus brazos al rededor del cuello de don Marcelino y llorando sobre el pecho del médico, dijo al través de sus sollozos:

—¡Quiero vivir! ¡quiero vivir!  
—¡Vivirás, Margarita! le contestó él, profundamente conmovido.

—Mi adorada, decía Alberto, ya no te mueres, vivirás y seremos dichosos.

—Mi dulce prima, le insinuaba Carlota, ¿no sabes que Cayetano va á volver, y que lo quiero como siempre lo he querido?

Los días siguientes, Margarita afectó ser la misma con Carlota, pero insensiblemente fué mostrándose más y más reservada con su novio. Éste se marchó á Santiago, tranquilo. Ya no temía por la salud de su Margarita, que volvía poco á poco á aferrarse á la existencia.

Ahora no pasaba sus mañanas y sus tardes tendida sobre un sofá, soñando ó llorando silenciosamente. Se ocupaba en los quehaceres de la casa, bordaba, leía, tocaba el piano, examinaba sus trajes; pero, cuando caía su mirada sobre el rostro siempre risueño de su prima, un rayo de fuego cruzaba el fondo de su pupila azul, dándole el tinte del acero templado.

No obstante, Carlota anda de continuo hecha unas pascuas, alegre, contentísima...

La razón de ese júbilo es muy natural: Cayetano va á volver.

## VII

Margarita ostenta otra vez rosas en las mejillas... alegría en los ojos... risa en los labios.

Todos nuestros conocidos han regresado á Santiago.

Cayetano ha vuelto, y le cuentan cómo han curado á Margarita de su negra enfermedad.

Ella escucha, llena de gozo, y después cae en los brazos de Carlota.

—¡Perdón, perdón! amiga mía. ¡Cuánto he desconocido tu abnegación! ¡Alberto! ¿no estás enojado porque he querido vivir... para... amarte?

Y como él le sonrre amorosamente, añade:

—Te lo prometo, nunca más estaré celosa, porque ya no tendré necesidad de estarlo.

Los dos matrimonios deben celebrarse el mismo día en la misma iglesia.

El doctor se muestra tan contento de este triunfo de la medicina moral, que su regocijo ya ha devuelto la salud á muchos enfermos... imaginarios.

## LODOISKA MAAPAKÁ

## IDILIO

## I

Por el huerto, un día,  
del brazo iba yo  
con la dulce prenda  
de mi dulce amor;

como van dos niños,  
lentos de emoción,  
con la vista hablando  
sin emplear la voz.

De pronto, en mi mano  
su mano posó  
de nivea blancura,  
de amable calor...

Pero, no á besarla  
mi labio llegó:  
¡Era de aquel ángel  
tan bello el pudor!

## II

Perfumando el aura  
con su rica flor,  
un rosal lucía  
al rayo del sol;

y el más delicado,  
más fresco botón,  
quise en sus cabellos  
poner con primor.

Un roce de sedas,  
un plácido olor  
el alma llenaban  
de amante emoción...

Pero, no á besarlos  
mi labio llegó:  
¡Era de aquel ángel  
tan bello el pudor!

## III

Al pie de un cerezo  
buscando el frescor,  
tomamos asiento  
con grata expansión.

Paséla una guinda  
de rojo color  
que ella entre su boca,  
más roja, oprimió;

hasta que, sonriente,  
partiéndola en dos,  
derramó entre perlas  
el dulce licor...

Pero no á besarlas  
mi labio llegó:  
¡Era de aquel ángel  
tan bello el pudor!

## IV

Después, con sencillo,  
celestes candor,  
su linda cabeza  
en mi hombro inclinó.

Sus ojos, mostrando  
virgínea pasión,  
cedieron en breve  
á un casto sopor...

Latir yo sentía  
su fiel corazón;  
de su hálito amante  
me daba el calor...

Mas, nunca á besarla  
mi labio llegó:  
¡Era de aquel ángel  
tan bello el pudor!

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1873.

## ¡SUBLIME MUERTE!

## SONETO

¡Así! tu boca unida con la mía;  
¡Así! en unión de celestial ventura:  
gozando de tus labios la dulzura,  
gozando de los dioses la ambrosía.

¡Así! ahogando en placer la pena impía;  
cambiando la razón por la locura;  
las almas arrobadas de ternura.  
¡Así! por una hora... por un día...

¿Por un día? ¡No tal! Hasta el momento  
en que el pensar de nuestra mente huya,  
en que se quede el corazón inerte...

Hasta que en nuestros labios no haya aliento  
y que, amando, la vida se concluya...  
¡En un beso morir, sublime muerte!

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1870.

CURIOSO CASO  
DIPLOMÁTICO

Era en 1775. Mandrino, el bandido legendario, acosado por la gendarmería francesa que lo perseguía sin tregua, se había refugiado en Saboya, en un viejo castillo abandonado que llamaban Roccaforte. Éste se levantaba á poca distancia del pueblo de San Genis y á algunos kilómetros del territorio francés. En el castillo de Roccaforte se encon-

traba instalada una cuadrilla de contrabandistas, objeto también de la persecución tenaz de las autoridades del vecino reino.

Sucedió, pues, que la gendarmería del puente de Beauvoisin, en territorio francés, instruida de esa doble presencia, resolvió capturar á Mandrino, á su banda y á los contrabandistas, sin pensar un instante que para lograr sus fines le era necesario violar el territorio piemontés.

Héla ahí en camino, con sus hombres, el 11 de mayo de 1755. Llegan á San Genis: los habitantes de este pueblo, al ver los uniformes franceses, se imaginan que se trata de una invasión, tocan á rebato y se ponen en estado de defensa.

Los gendarmes franceses disparan algunos tiros, matan ó hieren á unos treinta piemonteses; después se dirigen al castillo de Roccaforte que se toman por asalto, y se apoderan de Mandrino.

Era lo que querían.

Regresaron á Francia con el prisionero y lo mandaron al presidio de Valence.

Pero, al saber la noticia de esa violación del territorio, el duque Carlos Emmanuel de Saboya envió inmediatamente correos á Versalles, encargados de decir á su embajador ante la corte de Luis XV que reclamase perentoriamente la entrega de los individuos arrestados en Roccaforte, inclusive Mandrino, y pidiese satisfacción por lo que había sucedido en San Genis.

Felizmente, en esa época se requería bastante tiempo para ir de Turín á Versalles, y se había podido juzgar y ejecutar á Mandrino el 26 de mayo, antes que los correos del duque Carlos Emmanuel hubiesen transmitido su mensaje.

Sin embargo, esa solución, que hacía la dicha de tanta gente, colmó la cólera del duque piemontés cuando ella llegó á su conocimiento. Llamó en el acto á su embajador, lo que era un paso bastante serio.

Entonces el Gobierno de Luis XV se apresuró á devolver á las autoridades sardas los individuos que habían sido capturados con Mandrino. Indemnizó á los habitantes de San Genis y mandó á Turín un embajador extraordinario encargado de protestar contra la conducta del comandante la gendarmería del puente de Beauvoisin.

Todas esas satisfacciones equivalían seguramente á la ventaja de haber podido ejecutar al temible Mandrino. Sin embargo, no se puede negar que el famoso bandido estuvo á pique de provocar la discordia entre dos naciones.

LAURA PERUCELLI

## ¡FLORENCIA!...

Esa brillante rosa  
que en el corsé ostentaba,  
caída en medio de la danza ardiente,  
marchita yace en medio de la sala...

Perdido su perfume  
y sus tintas borradas  
ni fresca conservan, ni atractivo  
las que antes fueron primorosas galas.

Y ella, soberbio adorno,  
ella, tan envidiada,  
cuyo tallo mecía el dulce aliento  
de esa mujer tan admirable y rara;

cuyos sedosos pétalos  
temblorosos besaban  
el seno más turgente y voluptuoso  
que un ensueño oriental ambicionara;

esa flor predilecta  
de todos codiciada,  
por cuya posesión más de un amante  
habría dado, sin sentirla, el alma;

esa flor admirable  
que arrogante se alzaba  
cual desafiando que otra flor más bella  
á otra mujer más bella engalanara,